

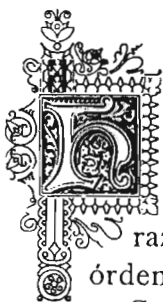


IX.

AGOSTA Y PALERMO.

1676.

Estado de los bajeles españoles.—Declaración oficial reconociéndolo.—Ataque sin éxito á Mesina.—La escuadra aliada va al encuentro de la de Francia.—Batallas á la vista del Mongibelo.—Nuestros navíos lo hacen flojamente.—Las galeas con bizarría.—Relación enviada por el almirante Ruyter.—Muere de resultas de las heridas.—Distinción con que honra el Rey su memoria.—Mal carácter del sucesor.—Entran las escuadras en Palermo.—Se presenta la enemiga.—Obstinación del Almirante holandés en el propósito de combatir al ancla.—Desastre que origina.—Efecto de los navíos de fuego.—Juicios.



HABÍA llegado el término de la estipulación con Holanda, relativamente al servicio de su Armada en Sicilia. Por más que el marqués de Villafranca razonó, instando al almirante Ruyter á esperar nuevas órdenes, fiel ejecutor de las instrucciones recibidas de su Gobierno en un principio, se manifestó obligado á retirarse, y lo hizo desde Melazo á Nápoles con demostración de sentimiento, no ciertamente por perder de vista al faro de Mesina, del que decía: «que habiendo gobernado escuadras muchos años, nunca se había visto en parte más peligrosa»; por deseo de servir á España, honrado como había sido del Rey, y por afecto á los jefes, constantemente respetuosos y deferentes con su persona. Á su vez se había mostrado en la campaña comedido, presto á las indicaciones, afable, sincero en los consejos, conquistando la general estimación de los marinos españoles, propensos á tributarla al



mérito y á la ancianidad digna. Asi le despidieron emocionados, y él correspondió, confiándoles que desde Nápoles se dirigiria á Liorna con objeto de reunir y escoltar el convoy de naves nacionales que anduvieran por el fondo del Mediterráneo, y no había de hacer mucha diligencia por si acaso expedía contraorden el príncipe de Orange.

Quedando sin su ayuda los bajeles españoles, se creyó el príncipe de Montesarchio en el deber de recordar al Gobierno cuál era su estado, insistiendo en manifestación de la imposibilidad en que estaban de hacer frente á los del enemigo. Solicitaba fueran á Italia, con brevedad, otros 18 aparejados y con buena artillería, porque de llevarla como el navío *Rosario*, de Mateo de Laya, de á 18, 6, 3 y 2, libras, habría número de velas y no bajeles de servicio. Los que están en Italia, expresaba, «traen artillería más para espantar que para ofender», sabiéndose que los franceses la tienen de á 36. De las galeras informaba haberse desarmado una de la escuadra de España por falta de chusma; que las de Nápoles se habían reducido á cinco, y las de Génova se encontraban todas destrozadas, sin remeros ni guarnición ¹.

Acto continuo se repitieron á la Junta de Armadas las órdenes de satisfacer las necesidades y acrecentar las escuadras, echando mano de cualquier recurso, incluso el de despachar los galeones de Indias en el instante que llegaran ²; mas no hubo de parecer bien que el Príncipe se descargara de responsabilidad, juzgando por la determinación adoptada de llamarle á Madrid, haciéndole entre otros cargos el de las pérdidas ocurridas por causa del temporal en el Faro, y el de la deficiencia de los bajeles, desprovistos de cables, de raciones y aun pólvora, como si de él dependiera la adquisición ³.

¹ Colección Sans de Barutell, art. 3.º, núm. 1.293.

² Idem id., núm. 1.296.

³ El decreto expedido por efecto de su representación, era del tenor siguiente: «Con ocasión de haber entendido S. M. el miserable estado en que se hallan los bajeles de la Armada real que están en la recuperación de Mesina, y las abandonadas máximas de los oficiales que los mandan, faltando en algunos buena dirección, á otros gente, á muchos cables y cordaje, y, en caso de refriega con el enemigo, hasta pólvora, y que el equipaje, provisión de raciones y cuanto depende de esto



Poco trabajo le costó justificarse y obtener declaración honrosa de inculpabilidad; sin embargo, confirmado en su destino efectivo de capitán general de las galeras de Sicilia, el gobierno de la armada del Océano, que accidentalmente había servido por la suspensión de D. Melchor de la Cueva, se confirió á D. Diego de Ibarra que en la costa de Portugal la había guiado anteriormente con tan buena fortuna como siempre tuvo en las flotas de Indias, encargándole marchara con urgencia á tomar posesión del cargo, servido á la sazón interinamente por el almirante D. Francisco Pereira Freire.

En el transcurso de estas providencias, habiendo llegado á Nápoles aviso de estar prorrogado por seis meses el concierto de Holanda, se despacharon falucas que alcanzaron en Liorna al almirante Ruyter, y á los pocos días se le vió arribar con aplauso y salvas de alegría. El 20 de Marzo estaba otra vez en Melazo con toda su escuadra acreditando el buen empleo del tiempo.

Se reunió el Consejo de guerra el día siguiente á bordo de la Capitana real de España, *Nuestra Señora del Pilar*, asistiendo con los cabos holandeses los españoles, bajo la presidencia del marqués de Bayona, posesionado de la Capitania general de las galeras en España y del mando de jefe de todas las fuerzas navales desde que concluyó la investigación de sus actos. Discutido el plan de campaña, significándose la opinión de hostilizar á Mesina por mar, se levantó acta con la conformidad de todos los asistentes ¹, procediendo en seguida á la ejecución del acuerdo.

Influyó más que nada, al adoptarlo, la situación de la ciu-

se hará con toda flojedad y poco celo al servicio de S. M., ha sido servido de resolver, en consulta del Consejo de Estado de 7 del corriente, que se den órdenes muy precisas para que se aplique el gran remedio que pide lo notorio del daño tan excesivo y digno de una gran demostración, haciendo un castigo ejemplar en los que resultaren culpados, de que aviso á V. S. para que se sirva de mandar se den las órdenes necesarias á la Junta de Armadas para que por aquélla se tenga presente y ejecute lo resuelto por S. M. Dios guarde á V. S. muchos años, como deseo. Madrid 22 de Mayo de 1676.—Don Pedro Coloma.—Señor Marqués de Mejorada.»—La dicha *Colección*, art. 3.º

¹ Copia en la *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 50.



dad, revuelta, sumergida en el mar de las pasiones, vejada, pesarosa la gran masa del pueblo de haberse dejado conducir de unas cuantas cabezas amigas del medro personal á costa del común, y dispuesta á enmendar el yerro lanzando á los franceses por donde habian llegado, é iba á emprenderse, por tanto, ataque simultáneo por mar y tierra, verificándolo D. Gaspar de Borja y el general de alemanes, conde de Buquay, con 3.000 infantes y 600 caballos en el momento en que la armada pasara el Faro.

La función empezó muy bien, entrando el ejército, con amparo de la artillería de las galeras, en San Salvador de los Griegos, y apoderándose por otro lado del puesto de Capuchinos y de un fortín que dominaba á la ciudad; mas no pudiendo mantenerse en los puestos, se retiraron desordenadamente con pérdida del bagaje y de 300 hombres muertos ó prisioneros, contándose entre los primeros el referido Conde, joven de grandes esperanzas.

Con el fracaso hubo necesidad de cambiar el plan de acometida de las escuadras, retirándolas también de aquella rada peligrosa hacia el Sur con idea de atraer y provocar á batalla á las de Francia, simulando ataque á la plaza inmediata de Agosta, como lo hicieron, entrando en el puerto, batiendo la torre de la boca, é incendiando con dos burlotes algunas tartanas y barcas refugiadas en el fondo ¹.

Suspendióse la operación al recibir aviso de los pataches descubridores, de haberse hecho á la vela la armada francesa, y pasado cerca del cabo Spartivento en número de 30 navios gruesos y ocho de fuego, sin contar los menores. El Consejo de guerra determinó salir á su encuentro en cuanto el viento terra! lo consintiera, que fué á las nueve de la noche, guardando el orden de antemano convenido.

Amaneció el 22 de Abril, habiendo avanzado cosa de nueve millas al Norte de Agosta. Las velas enemigas se veian á larga distancia, siendo, según el informe, 30 los bajeles gruesos, ocho más de los que reunía la escuadra combinada, y de más

¹ *Vie de Ruyter.*



porte, si bien á la nuestra acompañaban nueve galeras. En la francesa guiaba la vanguardia Mr. de Almeras; regía el centro Duquesne, y la retaguardia Gabaret; en la confederada tenía ésta el vicealmirante de Haen, la batalla Pereira Freire, y la cabeza Ruyter, quedando la armada española junta entre dos escuadras holandesas. Sea el veterano General de mar quien refiera lo que pasó entre Agosta y Catana, á vista del Mongibelo ¹.

«Señores: Después de la última que dirigí á vuestras grandezas desde la bahía de San Juan el 9 del presente mes, llegó una de las seis galeras de Palerino, que se esperaba, y con esto, habiendo dado velas la armada hacia Augusta, recibimos varios avisos de haber salido la escuadra enemiga de Mesina y estar sobre el cabo Spartivento, lo que nos hizo resolver la marcha inmediata á su encuentro, como lo verificamos sin perder tiempo. Al amanecer el día siguiente, estando unas tres leguas de Augusta, vimos á los enemigos tan lejos como la vista podía alcanzar, pero hacia el mediodía se hallaban á distancia razonable. Poco después calmó el viento por completo, de suerte que creí no llegaríamos á las manos este día; mas algo después volvió á soplar con poca fuerza, suficiente para que marcháramos directamente hacia los enemigos, que eran en número de 37 navíos de guerra, comprendidos siete *brulotes*, sin contar embarcaciones pequeñas.

»Nos y los otros oficiales principales de la Armada hicimos la señal convenida para que cada cual ocupara su puesto, lo que se ejecutó de la manera que pudiéramos desear. Nos teníamos la vanguardia con nuestra escuadra; el estandarte y navíos de S. M. Católica el cuerpo de batalla, y el Sr. de Haen la retaguardia.

»Así formados y puestos en buen orden, fuimos valerosamente sobre los enemigos, que asimismo estaban muy bien formados, y empezamos la pelea hacia las cuatro de la tarde.

»Por estar en la vanguardia fuimos los primeros en el ata-

¹ *La vie et les actions mémorables de Ruyter*, pág. 238. Traducción literal.



que, aunque el cuerpo de batalla estuviera todavía bastante lejos, sin embargo de lo que el Sr. Francisco Pereira Freire de la Cerda, vicealmirante general de la escuadra española, cañoneó vivamente al enemigo, pero con poco fruto.

»A la media hora de combate, quiso mi desgracia que perdiera la mayor parte delantera del pie izquierdo, rompiéndose al mismo tiempo los dos huesos de la pierna derecha, unos cuatro dedos por encima del empeine, por lo que caí de alto abajo desde el sitio en que estaba, y me hice una herida ligera en la cabeza. Dichas heridas y la fractura están, gracias á Dios, en bastante buen estado, y espero del mismo Dios completa curación.

»En lo más fuerte del combate, al capitán Gilles Schey, comandante del navío nombrado *Le Miroir*, se rompió el mastelero de gavia y la verga de trinquete, de forma que, por no caer entre los enemigos, tuvo que hacerle sacar de la línea, y seguidamente fué remolcado por una galera á Siracusa, y lo propio ocurrió al navío *Damiate*, mandado por el capitán Isacq van Uytterwiik, que tenía también grandes averías.

»Si hubiéramos descuidado la reputación de Vuestras Grandezas, no perseverando contra los enemigos, que tenían ocho navíos más que nosotros, entre ellos dos contraalmirantes, siendo los demás de 60 cañones cada uno, cuando menos; si no hubiéramos estado de continuo cerca del navío *Leeuwen*, mandado por el conde de Stirum, que había recibido grave daño, hubiéramos corrido gran riesgo de perder lo ganado, antes de anoecer. Pero nos y los que nos seguían apuramos tanto á los enemigos, que al poco tiempo tuvieron que ponerse en fuga, y los perseguimos activamente de siete á ocho de la noche, por alumbrar luna clara, dejándolos por recelo de tempestad, que nos hubiera hecho perder la ventaja conseguida, como, en efecto, se presentó. En mayor parte, nuestros navíos están tan maltratados, que de refrescar el viento no podrían aguantar las velas, teniendo casi toda la cabullería cortada.

»Mi primer capitán, Gerrit Callenburg, mantuvo el orden



en todo después de ocurrirme la desgracia, y exhortó particularmente al cumplimiento del deber, alentando con su presencia y ejemplo á combatir, de manera que ni amigos ni enemigos pudieran notar mi falta. En fin, del menor al mayor, todo el mundo se ha portado con mucho vigor hasta acabar la pelea, de suerte que, á Dios gracias, ha salido á maravilla.

»Toda la noche nos conservamos de esta manera, y al día siguiente estaban los enemigos tan alejados, que apenas se les distinguía desde lo alto de los palos. Comenzando el viento á refrescar, determiné hacer rumbo á Siracusa, adonde llegamos felizmente por la tarde. A poco, convoqué á bordo á todos los oficiales por medio de la señal acostumbrada, y ordené al secretario de la escuadra tomara nota de los daños de cada navío y de lo que necesitaban, hecho lo cual, y con vista de ser imposible hacer en este puerto las reparaciones necesarias, resolvimos la traslación á Palermo lo más pronto posible, donde será forzoso que yo reemplace el palo mayor.

»El capitán Juan Noiro, herido gravemente en una pierna, ha muerto el 25 del corriente.—Firmado:—M. Ad. de Ruyter.»

Como es de presumir, las relaciones de los jefes franceses no conforman con las de sus enemigos: el que huyó al anochecer, al tenor de la que escribía el duque de Vivonne, fué Ruyter, y así lo consignó también la del marqués de Vallaivre, con indicación de haber apagado los fanales. Duquesne reunió sus navíos al día siguiente á la batalla, mas el temporal le impidió acercarse al sitio del combate hasta el día 29, en que vió al enemigo encerrado en Siracusa, sin que su aparición lo moviera. El parte de Duquesne, más circunstanciado que los otros, encierra pormenores interesantes y que en alguna parte contradicen á los de sus compatriotas. Cuenta que empezó la pelea estando en línea de bolina con las gavias, y que Ruyter se aproximó á tiro de mosquete por barlovento. Para conservar la formación tenían necesidad sus navíos de poner en facha la gavia de vez en cuando, é iban abatiendo, llegándose á tiro de pistola, distancia en la que la artillería causaba grandes destrozos. Cuatro de los



bajeles holandeses quedaron desarbolados, y cayeran en manos francesas ó fueran destruidos sin el auxilio de las galeras españolas que á remolque los sacaron del fuego, no sin recibir ellas varias descargas. Los navios de España dispararon de lejos al principio, y se pusieron luego á buen alcance, secundando á su Vicealmirante y al Almirante de Holanda.

Nuestras propias relaciones dan á entender que no todos se condujeron como fuera de desear, ni en la conservación de sus puestos en línea, ni en el manejo de los cañones. La Capitana real estuvo en su sitio, distinguiéndose el almirante Papachin, que hacía oficios de capitán de bandera, con envidia de Pereira Freire. El almirante general D. Pedro Corbete, con el navio *Santiago*, y D. Agustín Guzmán con el *San Bernardo*, se mantuvieron á la altura de su reputación, en lo más encendido de la pelea, con la particularidad de que, desarbolado el segundo de un mastelero, habiéndolo sacado la galera patrona de España, remedió con prontitud la avería y volvió al fuego. Pero otros bajeles se descompusieron, formando grupos ó pelotones en que se embarazaban unos á otros. Dijose, y no es sorprendente, conocido el decreto inserto antes, que en algunos de ellos no había más de tres quintales de pólvora, falta que no dejó de utilizar la malquerencia para el insulto ¹.

En lo que amigos y enemigos convienen, es en el buen servicio prestado por las galeras, entrándose por la línea enemiga y dando remolque á los navios necesitados bajo el fuego de los de tres baterías, con gran serenidad ².

Gran pena aflagió á los de la escuadra aliada á poco. El 29 de Abril falleció de resultas de las heridas el ilustre Ruyter, de todos respetado y querido; de los españoles reverenciado,

¹ Los navios españoles no tenían pólvora (escribió Le Clerc), aunque podría suceder que algunos la ocultaran para disimular la cobardía.

² «Les vaisseaux espagnols firent très-mal en cette occasion; mais leurs galères y firent des merveilles, et l'on peut dire que, sans elles, les bâtiments qui ne furent que demâtés et mis hors de combat auraient été brûlés ou coulés à fond.» Despacho del marqués de Vallavoire, de Mesina, á 30 de Abril de 1676.—Sue, t. III, página 126.



por las condiciones, los méritos y los servicios, que le hicieron digno de alta significación nacional ¹.

Sintiérase la pérdida del Almirante holandés aunque no hubiera otros motivos que el contraste con su persona de la que sucedía en el mando; el Sr. de Haen, era áspero, soberbio, dificultoso para todo, como empezó á insinuarse en el primer Consejo mixto celebrado en Siracusa, con motivo del cambio, y de la llegada de D. Diego de Ibarra con las galeras de Nápoles á posesionarse del mando de la escuadra del Océano, hablando con descompostura tal, que únicamente por consideraciones al servicio lo toleraron los jefes españoles, augurando mal ².

Acordaron trasladarse todos juntos á Palermo, según él deseaba, con objeto de reemplazar palos y vergas deteriorados en el combate, con lo que el Estrecho quedó á merced de los franceses, abierta la puerta de provisión á Mesina con todas sus consecuencias; á saber: la de ser batido sobre la costa de Calabria un navio de los de Flandes, de 30 cañones, por otro enemigo de 54, que le obligó á embarrancar tras bizarra pelea, en que murió su comandante ³; la entrada por el Faro de 25 galeras procedentes de Marsella, escoltando cuatro transportes con 1.500 infantes y 500 dragones.

Con este nuevo refuerzo aseguraron la fortificación de la ciudad y decidió el duque de Vivonne proseguir la ofensiva, tomando la dirección de la armada y encaminándose á Palermo, sabido lo cual, deliberaron los jefes de la escuadra aliada lo que mejor estuviera á la defensa.

¹ El embajador de España en La Haya, D. Manuel Francisco de Lira, entregó á los Altos Poderes nota fechada el 5 de Agosto, haciéndoles saber, por orden de S. M. Católica, que habiendo honrado al almirante Ruyter, antes de su muerte, con título de duque y renta de 2.000 ducados sobre tierras que se reconquistaran en Italia, transfería la concesión al Sr. Engel de Ruyter, hijo del gran caudillo de mar, y á su posterioridad después de él. *La Vie de Ruyter*, pág. 245. En Holanda se grabó medalla alusiva, que presenta de frente el busto de Ruyter con la inscripción MICHAEL DE RUITER PROVINCIARUM CONFOEDERAT: BELGIC.—ARCHITHA—LASSUS DUX ET EQVES. En el reverso el combate con la sola inscripción, PVGNANDO.

² Carta del marqués de Bayona al de Villafranca, de Palermo á 16 de Mayo.—*Colección Navarrete*, t. VII, núm. 50.

³ Carta del duque de Vivonne, de Mesina á 3 de Junio.—*Sue*, t. III, pág. 120.



Hallábanse, dicho está, en Palermo, puerto artificial, formado por un muelle largo, en ángulo recto, y en opinión del marqués de Bayona y de D. Diego de Ibarra, con el que estaban conformes los otros cabos españoles, artillando convenientemente la escollera y el paseo de la Marina, dominante, nada tenían que temer los bajeles. El Almirante holandés de Haen pensaba de modo distinto, dominado por el espíritu de oposición, que le hubiera hecho estimar inconveniente cualquiera otro pensamiento no nacido de su iniciativa. Este hombre funesto, enemigo de Ruyter, á quien produjo no pocos disgustos con la inobediencia, se había propuesto observar conducta enteramente opuesta, empezando por desconocer la armonía y dependencia del General de España, que recomendaban las instrucciones de su Gobierno. Sostuvo, contra el parecer unánime de los demás jefes, que se contrarrestaría el ataque del enemigo acoderando á los navíos en línea fuera del puerto, sin que las objeciones ni la demostración de ser preferible cualquiera otro proceder, incluso el de combatir á la vela, moderaran su obstinación, sostenida con la amenaza de retirarse con la escuadra de su mando; y preciso fué ceder á la exigencia, pues que regía la mayor fuerza de la Armada.

Se emplearon los días 30 y 31 de Mayo en la faena de sacarla á la rada y acoderar los bajeles, apoyando la cabeza en la extremidad del muelle. Eran 17 holandeses, que se distribuyeron en dos cuerpos, de vanguardia y retaguardia; 10 españoles, colocados en el centro; 19 galeras, situadas en los intervalos, y cuatro *burlotes* en segunda línea.

Estando en disposición, llegó carta del gobernador de Taormina avisando que los franceses batían á la ciudad y desembarcaban tropa, por lo que se puso en marcha el príncipe de Pomblín con cuatro de sus galeras de Nápoles, llevando 200 españoles de socorro, que puso en tierra, á vista de la escuadra enemiga, y se incorporó á la propia ¹.

¹ *Relación de lo sucedido en esta Marina de Palermo desde el día 29 de Mayo, que se tuvo noticia que la Armada del enemigo se descubria de las atalayas desta costa, y de*



El 1.º de Junio contaron los vigías 42 naves y 25 galeras que hacían rumbo al puerto ¹, y llegaron á fondear á alguna distancia, destacando galeras á sondar y reconocer. Traía la empresa el duque de Vivonne, acompañándole MM. Duquesne, Tourville, Gabaret, Preuilly, Valvelle; no faltaba entre los jefes de concepto más que el teniente general de Almeras, muerto en la batalla de Agosta.

Reinando el día 2 viento del NE., normal á la costa, llevaron todos, avanzando una división al ataque de la cabeza de la línea más distante del muelle, concentrando los fuegos sobre los navíos holandeses, á distancia de un cable, y, como el humo daba á éstos en la cara, cegándolos, lanzaron los enemigos tres *burlotes*, que hicieron efecto, aunque por evitarlo cortaron los cables los primeros y fueron á varar en la playa, revueltos con algunos de los españoles.

Con este principio favorable generalizaron la batalla por toda la línea, apretando al centro, donde la Capitana real de España descollaba. De tres navíos de fuego consiguió desembarazarse, echándolos á fondo; el cuarto la abordó por la popa, prendiendo en los corredores, y en un momento se vió envuelta en llamas, siendo ineficaces los esfuerzos del marqués de Bayona para remolcarla con su galera capitana, después de picar los cables bajo el fuego de los enemigos.

También destruyó el galeón *Santiago* á dos navíos de fuego, y los generales D. Juan Roco y D. Agustín de Guzmán apartaron los que contra sus bajeles iban, de modo que sólo una mitad de los que los franceses despachaban causaron daño directo; pero en la confusión que se produjo, yendo al garete en pelotones ó varados en la playa, los primeramente incendiados comunicaron las llamas, bien por contacto, bien por caída de fragmentos inflamados al producirse la explosión de los paños de pólvora, resultando totalmente destruidos la

lo demás que sucedió hasta el 2 de Junio, que se dió la batalla. Manuscrito importante. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, t. LIV, fol. 148.

¹ Casi todos los historiadores franceses componen su Armada con 28 navíos, nueve *brilots*, 25 galeras, sin contar los bajeles pequeños. Monsieur Jal, por excepción, anota 32 navíos.



capitana real, *Nuestra Señora del Pilar*; navíos *San Carlos*, *San Antonio* y *San Felipe*; tres de Holanda; la galera *Patrón* de España, y la *San José* de Nápoles.

En aquella horrorosa escena, parecida á la de Guetaria, en que las naves prendidas, como otros tantos volcanes, lanzaban á gran distancia materiales destructores y cuerpos humanos despedazados, entre el humo, la explosión, el cañoneo y vocerío, los mismos franceses abordaban unos con otros, embarrázándose, temerosos de participar algo en la ruina que habían causado; que algunas de sus galeras habían dado en la costa, y de los navíos no pocos tenían cerca restos flotantes amenazadores.

Duró la obra poco más de cuatro horas, alcazando los franceses, sobre la victoria, el venturoso azar de cambio de viento, que, soplando de tierra, les consintió separarse y fondear lejos de la hoguera y el destrozo.

Lo mismo que en la batalla de Agosta, causó admiración el proceder de las galeras acudiendo en auxilio de los navíos, sacando de la línea á los incomodados ó llevando dentro del puerto á los que podían ¹. Las dos incendiadas por socorrer á los navíos, sufrieron esta suerte, no porque á ellas abordaran los *burlotes*. Se vió cómo la Capitana del marqués de Bayona, con grandísimo riesgo, trató de remolcar á la Real cuando ya ardía, arrimándose, enviándole calabrote, primero con el ayudante D. Francisco de Miranda, y después con dos remeros á nado. Se vió pasar de su misma galera á la nave almiranta á un arrojado oficial, D. Manuel Caso, noble asturiano que, subiendo á la gavia por en medio de las llamas, espada en mano, echó abajo la vela inflamada y salvó al bajel ². ¡Cuántas acciones meritorias, cual éstas, quedarían obsecuidas por el grande infortunio!

Á punto fijo no se conoce la extensión de la pérdida personal, variando bastante la cifra en las relaciones del tiempo. Las más altas son de 1.200 muertos, los 200 holandeses, com-

¹ Parrino.

² Lancina.



Adriano Miguel de Ruyter.





prendiendo á muchas personas de distinción. Una bala de cañón dió en la cabeza al Almirante de Haen, causante de la desdicha ¹, y por fallecido se cuenta, en algunas referencias, al contraalmirante Pieter Middellant con siete oficiales y 250 marineros.

Nuestro general D. Diego de Ibarra, natural de Elgueta, herido también de bala de cañón en un muslo, se hizo curar y continuó mandando, llevado en una silla. Iniciado el incendio, le embarcaron en esquife el maestre de campo D. Francisco de Zúñiga y su hermano D. Juan, hijos del conde de Miranda; pero otra bala echó la embarcación á fondo, pereciendo todos ². Murió á poco el almirante Pereira Freire, el veedor Antonio de Araujo, otro Almirante, D. Juan de Villarreal, el teniente de maestre de campo general D. Antonio Serrano, D. Pedro Ceballos, los capitanes D. Francisco de Almangor, Juan de Oronsoro, Lorenzo de Alencastre, hijo del duque de Aveiro.....

Refirieron los enemigos el suceso á su manera, adornándolo con aquellas galas literarias que pudieran hacerlo más grato, y así, Mr. Colbert de Terron, encargado de redactar la relación oficial de Mr. de Vivonne, puso defendiendo á la ciudad y muelle de Palermo castillos, baluartes y baterías á su placer ³; aplicó al mismo tenor los elogios ⁴, y en el destrozo causado por los cañones y *brûlots* se le escurrió la pluma, creciendo los navíos quemados á 16 y seis galeras, y los muertos á 3 ó 4.000, exageración que corrigió el ministro Colbert en la margen del despacho, sin pensar que había de parecer corta á los comentadores, alguno de los cuales la subió á 5.000 difuntos, poniendo en su escuadra, por com-

¹ Cartas del marqués de Bayona al Rey, de Palermo á 7 de Junio. Archivo de Simancas, leg. 1.238.

² Escribió Lancina que era D. Diego digno de mejor fortuna, caballero que procedió siempre con aprobado valor y prudencia, muy amado de las milicias por su agradable cortesía.

³ Messieurs H. Martin y Sue convienen en que ni en el castillo, ni en las murallas, ni en el muelle había artillería por desidia de los españoles.

⁴ « Il distribuait les louanges selon sa passion ou son caprice. » *Mémoires du marquis de Villette*, pág. 44.



pensación, no más de *dos tenientes y algunos soldados* ¹.

Una tendencia de escuela, no alabada por la crítica, ha influido en los historiadores modernos, haciéndoles amable la hipérbole, con olvido de los sentimientos generosos, sin lo que no agravaran con el insulto la pena del vencimiento, despojando á los soldados de Palermo de una condición que la historia les reconoce. Á mano tenían las *Memorias* del marqués de Villette, testigo de excepción, como comandante de uno de los navíos de Mr. de Vivonne, que por cierto no es roñoso al apuntar que «los españoles, por confesión suya, perdieron más de 4.000 hombres, y los franceses 200», sin embargo de lo que le parecía, que sus compatriotas pudieron y debieron hacer en Palermo algo más de lo realizado. Los enemigos le merecieron este concepto ²:

«Yo estaba á tiro de mosquete del Almirante de España cuando voló, y admiré la firmeza extraordinaria de los 200 oficiales reformados, que no abandonaron un solo punto el navío, y dieron á la tripulación el ejemplo de morir batiéndose, sin que se viera tirar al agua un solo hombre, entre 1.000 ó 1.100 que eran, pudiendo salvarse á nado, ya que tenían la tierra á tiro de fusil y les ayudaban las corrientes.»

¹ *Histoire du grand Du Quesne*.—Nuestro historiador D. Modesto Lafuente y algunos más se han servido de estos datos franceses erróneos.

² *Mémoires*, pág. 43.